

Selección RNR

# FALSA IDENTIDAD



ESPERANZA RISCART



*Romance Actual*

Falsa identidad

Esperanza Riscart Franco

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## CAPÍTULO 1

La intervención resultó un éxito a pesar de que el crío ingresó con tal grado de deshidratación que algunos de sus órganos comenzaron a fallar, por lo que habría que esperar su evolución en las siguientes cuarenta y ocho horas antes de comunicarle a la familia que su vida no corría peligro. En casos como este, su experiencia le decía que debía ser cauta, aunque estuviera convencida de que el chiquillo de doce años iba a salir de esa. Pero un simple resfriado o una infección hospitalaria podrían complicar su mejoría y no se arriesgaría a ofrecer a los padres, por muy desesperados que estuvieran, un diagnóstico más favorable tan solo por el hecho de tranquilizarlos. De hecho, después de la negligencia que habían cometido respecto a los síntomas que presentaba su hijo, se merecían un buen escarmiento.

Ni siquiera habían llevado al crío a una consulta ambulatoria después de presentar un cuadro clínico de vómitos y fiebre durante tres días. Quizás, en esos momentos, solo se tratara de una simple apendicitis que lo habría mantenido hospitalizado dos o tres días, pero se había convertido en una grave peritonitis de la que podía haber muerto en cuestión de horas si el médico de urgencias no hubiera intuido la gravedad del caso y no hubiera acelerado su ingreso. Por cierto, debía recordar preguntar quién era y pasar a

felicitarlo por haber demostrado un magnífico instinto y por su pronta intervención. Al contrario de los padres por muy ucranianos que fueran.

No podía excusarlos ni siquiera por ser extranjeros, ya que contaban con un buen seguro médico que les cubría cualquier necesidad médica que precisara la familia. Así que no entendía los motivos de la dejadez y tardanza que casi acaba con la vida del niño.

En ese momento, recorría el solitario trayecto que había desde el quirófano hasta la sala de espera donde suponía los encontraría. Antes de abrir la puerta de acceso al pasillo, entró un instante en un aseo a arreglarse el pelo; no lo había hecho después de quitarse el gorro del quirófano y odiaba presentarse ante la gente con aspecto descuidado, algo que suponía daba mala impresión, ya que era lo que le sugería a ella cuando era otra persona la que se mostraba con aparente dejadez. Tantos años viviendo en el seno de una familia conservadora la habrían marcado de algún modo y ese detalle superficial era uno de los muchos a los que no le daba importancia.

Frente al espejo se soltó el pelo y se lo arregló con los dedos, para luego dejarlo caer en suaves ondas pelirrojas sobre sus delgados hombros. En ese instante pensó que no tenía mal aspecto después de llevar más de diez horas trabajando y haber asistido a dos estresantes y, por ello, agotadoras intervenciones quirúrgicas. Se estaba recuperando, después de dieciocho meses su aspecto había mejorado de forma considerable y se parecía más a la mujer que había sido hasta que... no. No era el momento oportuno de permitir la entrada al pasado. Julia había decidido hacía unos meses vivir el presente, sin ayer, sin mañana, solo existiría el hoy. Y prefirió fijarse en las graciosas pequitas que se dibu-

jaban sobre su nariz y parte de sus mejillas por no haber usado protección solar alta el sábado anterior durante su partido de tenis contra su colega Curly. Pero tampoco le afeaban el rostro, por el contrario, a ella siempre le habían gustado porque le daban un aspecto juvenil que a sus treinta y tres años, después de tanto sufrimiento, humillación y vergüenza no le venía mal y, sobre todo, porque sus pacientes, sus niños, como les gustaba llamarlos, la llamaban la doctora hada y la convertía en la médico favorita de la planta de pediatría. Y ese era en realidad su aspecto, el de un hada, quizás bonita, pero también graciosa y simpática que incluso parecía feliz, aunque, solo lo fuera en su trabajo.

En cuanto abrió las puertas de la sala de espera, un par de hombres enormes que la sobrepasaban en más de veinte centímetros, de gran parecido físico entre ellos y algo mayores que ella, supuso, le salieron al paso. Tras ellos, dos mujeres de edad similar a la de los hombres, una de ellas rodeando a la otra por un hombro, casi arrastrándola, los seguían.

—¿Cómo está, Demyan? —preguntó el de pelo castaño, lacio y largo hasta la altura de las orejas—. ¿Cómo ha salido de la operación? —Insistió en inglés con claro acento de la Europa del Este.

—¿Es usted su padre? —Cuando el hombre asintió, ella tendió su mano y se presentó sin dejar de mirarlo a los ojos—. Soy la doctora Templeton, la pediatra que se ocupa de su hijo. —Julia observó cómo las mujeres permanecían detrás de los hombres e insistió en conocer a la madre—. ¿Y la madre de Demyan? —Los hombres tardaron unos segundos en reaccionar, pero se separaron y permitieron que la madre del niño se presentara.

—Ella es mi mujer, Kateryna. Apenas habla inglés, aunque lo entiende bien.

Julia suspiró asintiendo a la vez que se preparaba para comunicar el diagnóstico y agasajarlos con una buena reprimenda.

—Aunque el resultado de la operación ha sido favorable, la infección es bastante importante. Su estado es delicado debido al alto nivel de deshidratación con el que ingresó.

—Un gemido de la mujer le hizo entender que había comprendido la gravedad de la situación—. Su hijo permanecerá cuarenta y ocho horas en cuidados intensivos y no podrán entrar en contacto con él. Debe permanecer aislado hasta que logremos controlar la infección y, de este modo, evitaremos cualquier riesgo de contagio que empeore su delicado cuadro clínico. Además, su función renal es deficiente y, en cuánto se recupere de la cirugía, realizaremos un estudio preciso de los riñones que puede que se establezcan de forma natural, dada la edad de Demyan, pero no debemos confiarnos.

La mujer más afectada preguntó algo en su idioma y la otra tradujo sus palabras.

—Quiere saber si el niño está sufriendo.

—Permanecerá sedado para evitarle cualquier dolor o que se ponga nervioso al verse aislado y solo, pero...

—¿Su vida corre peligro? —La interrumpió el angustiado padre.

—Señor, Shevchenko. Señora —añadió dirigiendo una leve inclinación de cabeza a la mujer que se mostraba más compungida que suponía era la madre—. La gravedad de su hijo se debe a la tardía intervención quirúrgica. No entiendo que no hayan llevado a Demyan antes a una consulta médica. Según han comunicado en la entrevista de la ad-

ministración, el niño ha estado con fiebre, vómitos y con fuertes dolores abdominales tres días y ustedes ni siquiera lo han llevado a una consulta ambulatoria. No alcanzo a comprender esa negligencia cuando cuentan con un ostentoso seguro médico que cubre cualquier gasto sanitario que necesiten.

Para sorpresa de Julia, la señora apenada y encorvada bajo el peso de sus hombros, doblegada por el dolor, se estiró cual alta era, cambió su gesto de sufrimiento por uno de furia y de odio en el que mostraba todos sus dientes blancos y grandes, miraba a su marido o al padre del niño con ojos enloquecidos, lo señalaba con su tenso dedo índice y se encaraba contra él. Comenzó a hablar con una rabia contenida que Julia jamás había visto en otra persona y, sin dejar de clavar con fuerza su delgado dedo en el pecho de su marido, parecía maldecirlo una y otra vez hasta que él salió de su asombro y respondió con un lenguaje corporal cargado de los mismos sentimientos.

Aunque no entendiera el idioma, Julia comprendió la situación; la mujer lo culpaba, y no solo por el estado de su hijo. En ese momento lo juzgaba por todos los problemas y todos los sufrimientos que le causaba a ella y ahora podía añadirle a la larga lista de reproches la posible pérdida de lo único que, quizás, le quedaba de su matrimonio, su hijo. Estaba convencida de que la conversación o, más bien, la discusión entre ellos podría traducirse en esos términos.

Julia observaba la escena que parecía transcurrir en cámara lenta, aunque discutieran sin escucharse el uno al otro y no entendiera ni una sola palabra, estaba avergonzada por el espectáculo que contemplaba, por considerarlo algo demasiado íntimo como para descubrirlo ante una extraña. A la vez intentaba no perderse ni una sola escena, ni un so-



lo gesto, dominada por la morbosidad que la violencia que demostraba la pareja le provocaba. Veía como el odio, el resentimiento y el rencor eran las armas que dos personas usaban contra ellas en una situación problemática en la que estaba en juego lo más valioso de ambas. Ni siquiera ese hecho servía para unir lo que ya parecía roto, destrozado, aniquilado. Hasta que una sola palabra, que tampoco comprendió, los obligó a guardar silencio. Las cuatro personas enmudecieron, ella más aún de lo que ya estaba, y giraron sus cabezas hacia la procedencia de la voz grave y masculina que acababa de conseguir el silencio, hacia el hombre de pelo negro y rostro formado por líneas rectas que había terminado con la discusión.

Pero la desesperación de la madre de Demyan debía ser superior al temor que esa voz pretendía sembrar porque a los pocos segundos, su dedo enjuto, tieso y de final rojo sangre se dirigió hacia él, al igual que la rabia, el odio y el resentimiento, y recibió lo que Julia creyó una enormidad de maldiciones en forma de palabras, bañadas por salpicaduras furiosas de saliva, acompañadas por miradas rencorosas y escoltadas por venas y tendones hinchados en la garganta de la mujer que continuó desahogando su miedo y su dolor ahora en contra del otro hombre. Puede que considerara a todo el género masculino cercano a ella culpable de sus desgracias y, dada la espectacular y dramática actuación de la señora, Julia estaba convencida de que tendría alguna razón.

Mientras el marido intentaba sujetarla y la mujer que la acompañaba calmarla, haciéndole sugerencias en voz baja, la madre enmudeció de repente y se desmayó. El hombre de pelo negro demostró no guardarle rencor por su comportamiento y, con un rápido movimiento, la sujetó antes

de que cayera al suelo y se golpeará.

—Creo que puede necesitar asistencia médica —dijo el hombre del pelo negro mirando a Julia que permanecía aún inmóvil como si estuviera sentada cómodamente en una butaca de cine—. Parece estar sufriendo un shock.

Julia reaccionó como la excelente médica que era y atravesó las puertas que aislaban la sala de espera. A los pocos segundos, reapareció con una camilla empujada por un celador. Entre los dos familiares tumbaron a la mujer que aún no había vuelto en sí y, en cuanto se dirigieron hacia una sala de exploración, pidió la compañía de uno de los miembros de la familia.

—Alguien debería acompañarla. No creo que sea buena idea dejarla sola cuando despierte. —El marido dio un paso adelante—. No. Creo que será mejor que me acompañe la señora. —Exigió Julia alzando su mano. La mujer dudó, miró a ambos hombres y cuando ellos asintieron, se acercó a la médica—. ¿Habla usted mi idioma? —preguntó Julia dulcemente. La mujer asintió—. Entonces, acompáñeme.

Mientras seguían a la camilla, Julia interrogó a la angustiada mujer.

—¿Es familiar suyo?

—Es mi hermana —contestó con el mismo acento que los hombres—. Ella... Ella no es así. Debe disculparla. Pero estaba muy preocupada por Demyan. Quiere mucho a su hijo y a su marido.

—Lo imagino —respondió Julia mientras comenzaba la exploración—. ¿Se llama Kateryna?

—Así es. Y yo soy Mariya.

—Dele la mano a su hermana, Mariya. Le hará bien sentir el calor de alguien querido.

Después de realizar el examen pertinente, Julia puso una

intravenosa en el brazo de Kateryna e inyectó un calmante suave en la bolsa de suero. Cuando despertara, necesitaría tranquilidad y afecto. Observó un instante a ambas mujeres y reconoció el parecido que existía entre ellas. Las dos rubias y de enormes ojos azules almendrados. No eran guapas, resultaban más bien exóticas, pero sus rostros eran duros y fríos.

—¿Por qué su hermana no llevó a Demyan a un consultorio médico?

—Su marido, Fedir, le dijo que esperara a que él llegara a casa. Está trabajando fuera de la ciudad esta semana y creyó que Kateryna exageraba.

—Demyan podía haber muerto si hubiera tardado un par de horas más en ser ingresado.

—Eso dígaselo a él. Siempre cree que mi hermana actúa para llamar su atención. Aunque Kateryna y Demyan no lo merezcan, Fedir merece un escarmiento como este. —Al menos quiere mucho a su hijo y sentirá remordimientos por ser el causante de la gravedad de su enfermedad —aclaró sin disimular el desprecio que sentía por su cuñado, o eso aparentaba en esos momentos. Julia no se había equivocado al interpretar la ininteligible discusión—. Es un hombre muy dominante y, desde que trabaja para su primo Marko, pasa demasiado tiempo alejado de su hogar, de su mujer y de su hijo. Mi hermana no lo lleva bien, aunque reconoce que su situación económica ha mejorado mucho, no quiere que su marido pase tres o cuatro días fuera de casa. A saber lo que hará en compañía de Marko. Porque no todas las horas del día las pasarán trabajando, supongo.

—Habla usted muy bien mi idioma. —La interrumpió Julia que comprendió que Mariya desvelaba demasiado sobre la intimidad del matrimonio de su hermana y quizás a esta no

le pareciera bien.

—Estudié en Kiev durante tres años y trabajé en la embajada inglesa de administrativa, lo que me resultó de gran utilidad para perfeccionarlo.

—Demyan —murmuró Kateryna volviendo en sí y captando la atención de Mariya—. Demyan.

Mariya tranquilizó a su hermana que, mientras recobraba la conciencia, le contaba lo que le había sucedido. A los pocos minutos, Kateryna se había recobrado y Julia le pidió a la hermana que fuera a comunicárselo a su cuñado.

—Preferiría que lo hiciera usted. No me apetece hablar con él.

—Está bien. —Asintió Julia y se encaminó de nuevo a la unidad de cuidados intensivos con la intención de revisar a Demyan después de aconsejarle unas instrucciones a la enferma.

De nuevo en la sala de espera, Julia encontró a los dos hombres. Shevchenko estaba sentado, ocupando casi dos sillas, con los codos apoyados sobre los muslos largos de sus piernas y la mirada en el suelo. Su acompañante hablaba por teléfono, susurrando, y no la perdía de vista. Julia se sintió vigilada e intimidada en el instante en que sus miradas se cruzaron. Fedir se levantó y fue a su encuentro.

—Su mujer está bien. Ya ha recuperado la conciencia, le hemos inyectado por vía intravenosa un calmante suave, pero permanecerá un par de horas en observación.

—¿Mi hijo? —preguntó visiblemente angustiado.

—Estable. Debemos estar contentos porque no empeore. Su estado continúa siendo grave. Y le aconsejo, señor Shevchenko, que si se le presenta otro incidente de esta magnitud, no tarde tres días en acudir a un médico. Su hijo podía haber muerto en cuestión de horas. Ha sido una ne-

gligencia de su parte.

—Mi mujer, a veces, se comporta como una histérica. — Se justificó con desagrado y desesperación—. No sé cuándo exagera o cuándo dice la verdad. Además, su hermana se entromete demasiado en nuestras vidas.

—No voy a inmiscuirme en su matrimonio. Pero, si se trata de su hijo, dele un voto de confianza a su esposa. Le repito que el niño podía haber muerto, era su vida la que estaba en juego. Ahora tendremos que esperar cuarenta y ocho horas antes de descartar cualquier complicación.

—Lamento lo sucedido, doctora. —Se disculpó con sinceridad—. Habrá resultado un espectáculo bochornoso para usted.

—Cosas así ocurren en momentos de tensión, puedo justificarlo. Ahora me despido de usted; mi turno ha acabado. Puede preguntar por el estado de Demyan al doctor Curly. En caso de empeoramiento o necesidad vendrían a avisarle. Mañana estaré aquí a las nueve de la mañana, pero permaneceré localizable en todo momento por si surge alguna complicación.

—Muchas gracias. —Y tendió su mano en lo que Julia interpretó como un gesto de paz y de agradecimiento que ella aceptó—. Y de nuevo le ruego que acepte mis disculpas.

—Hasta mañana. —Y se marchó por las mismas puertas que había entrado.

Julia se despidió de las hermanas y repitió las mismas palabras que le había dicho a Shevchenko sobre las circunstancias de su hijo. Luego se dirigió una vez más a comprobar el estado de sus dos pacientes más graves, quienes permanecían estables. Mantuvo una breve conversación con su colega Curly y entró en su consulta donde se quitó

la bata y los zuecos, se calzó las botas de agua, cogió su anorak, su bolso y su maletín con el ordenador donde archivaba los historiales de todos sus pacientes y fue hacia la salida.

No era muy tarde, aún no eran las siete, y no llovía. Así que decidió ir caminando en vez de coger el metro o un taxi. Necesitaba despejarse, liberar la mente y la tensión con una larga caminata urbana.

Era martes, por lo que tocaba cenar en su restaurante japonés favorito, el Akemi, al que acudía todos los martes que no estaba de guardia o de vacaciones desde hacía casi dos años y que regentaba, al que ya consideraba su amigo, Tatsu Hikari.

—Llegas tarde, doctora. —Le reprochó Tatsu sin mirarla cuando tomó asiento en la barra frente a la plancha donde cocinaba con una habilidad y con una delicadeza asombrosas.

—He venido caminando.

—¿Demasiado estrés? Tú siempre demasiado.

—Sí. Así es mi trabajo.

—Así lo vives tú —replicó en voz baja, solo para ella, mientras colocaba con delicadeza unas tempuras en un plato como si se trataran de una obra de arte.

—Tienes razón. —Reconoció Julia sonriendo y observándolo—. Te envidio, Tatsu. Has presentado en la barra tres platos mientras hablamos y sigues tan calmado como si estuvieras dormido.

—El trabajo es solo trabajo. Se hace lo mejor posible y solo afecta a tu cerebro y a tus músculos. Aprende eso de una vez. Tu corazón debe estar al margen, solo ponlo en lo que merece la pena.

—Mis pacientes merecen la pena. —Tatsu levantó la ca-

beza y la observó durante un par de segundos—. Son niños.

—Doctora, tú necesitas amor. De hombre, de amigos, de familia. Tú no tienes nadie. —La señaló con un ancho cuchillo—. Tú, corazón vacío. Cero.

—Mi trabajo es importante para mí y para mis pacientes y consume la mayor parte de mi tiempo. —Insistió Julia sin perder la calma ni la sonrisa, encantada de filosofar con Tatsu—. Y tengo buenos amigos, no muchos, es cierto, pero son los mejores.

—Tú equivocas, doctora. Vida ser otra cosa y tú perderla. ¿Qué pasar a ti? —Y Tatsu sintió como el alma de Julia se encogía de golpe—. Algún día hablarás de eso. Debes expulsar el veneno, guapa doctora.

—Algún día tal vez termine por salir, aunque creo que lo voy consiguiendo. —Suspiró recomponiéndose y recobrando su buen humor—. Ponme de cenar, charlatán oriental. Hace horas que pienso más en tu sushi que en la medicina.

Tatsu le sonrió con la ternura que Julia le provocaba, le puso delante su botella de agua mineral y una copa brillante y comenzó a prepararle los bocados que a ella más le gustaban. Adoraba a esa mujer desde la primera vez que entró en su restaurante hacía un par de años, sola, perdida y con el sufrimiento grabado en sus magníficos iris verdes que le recordaban a los bosques montañosos de su país natal.

Ya había menos dolor en ella, pero un fuerte sentimiento de vergüenza la rodeaba y la aislaba del resto de las personas. Y aunque pareciera extrovertida, era incapaz de desahogar esas emociones que la consumían y la convertían en la persona solitaria que casi siempre demostraba ser.